

FRANÇOIS  
RENÉ DE  
CHATEAUBRIAND

EL ÚLTIMO  
ABENCERRAJE

ATALA

RENÉ

PRÓLOGO DE  
MANUEL GREGORIO GONZÁLEZ

**FRAGMENTO**



Paréntesis

Colección Orfeo

## OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*, INMA PORTALO  
Y JAVIER VILLANUEVA

*Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*, JESÚS COTTA

*Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo*, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*, LADY GREGORY

*La sangre y el eco*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*Todas las mujeres*, JOSE MARÍA CONGET

*Los consulados del Más Allá*, AQUILINO DUQUE

*La fiebre de Siam*, EDUARDO JORDÁ

*Las historias gallegas*, ÁLVARO CUNQUEIRO

*La catedral*, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita*

*Cincodedos*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*El misterio del mundo. Antología*, FERNANDO PESSOA

*Misión en Bucarest y otras narraciones*, AGUSTÍN DE FOXÁ

*El Domador*, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

*Los agujeros negros*, AQUILINO DUQUE

*El aprendiz de emigrante*, ROBERT LOUIS STEVENSON

*Cartas de Nueva York*, JOSÉ MARTÍ

*Percusión*, JOSÉ BALZA

*La transformación*, FRANZ KAFKA

*El salvaje de Borneo*, ALFREDO TAJÁN

*Las penas del joven Werther*, JOHANN WOLFGANG VON  
GOETHE

*Ardeviejas*, CARLOS JURADO CABALLERO  
*La ninfa y otros relatos*, RUBÉN DARÍO

• **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA  
*Plaza del Cabildo*, EMILIO DURÁN  
*El centro de la Tierra*, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ  
*El viento y la arena*, ANTONIO REYES MATEO  
*Hildur*, TONI MONTESINOS  
*Doménica*, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO  
*La maldición del cronista*, MARC GUAL  
*Sueños de libertad*, CARLOS ALGORA  
*Horas para Wallada*, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ  
*El año de Malandar*, JUAN VILLA  
*La carpa de oro*, CHARO PRADOS  
*El hombre encuadernado*, BRUNO MESA  
*Mi vida sin Eva Gundersen*, MANUEL J. RAMOS ORTEGA  
*El libro del sabor nuevo*, ELENA RODRÍGUEZ  
*Campo de minas*, CÉSAR ROMERO  
*Cambio de sentido*, MAR GÓMEZ GLEZ  
*Dieste*, MARIO GÓMEZ LÓPEZ  
*Andábata*, OLGA BERNAD  
*La línea de asfalto*, MANUEL G. SÁNCHEZ-CAMPILLO  
*Premonición*, PEPE CERVERA  
*Macedonia de rutas*, ANTONIO RIVERO TARAVILLO  
*Los diarios de Regent Street*, ANDRÉS GONZÁLEZ-BARBA



De larga y fructífera existencia, François René de Chateaubriand (Saint-Malo, 1768-París, 1848) resume en su obra, quizá como nadie en el XIX, el tránsito del Antiguo Régimen al mundo moderno, cuyo ápice sangriento fue la Revolución francesa. Si sus *Memorias de ultratumba* son la minuciosa narración, brillante y conmovedora, de aquellas horas cruciales de la historia de Europa, en las novelas recogidas en este volumen lo que encontramos es el hombre surgido de aquel *Siglo de las Luces*, y cuya figura viene a resumirse en el tipo romántico del solitario.

## PRÓLOGO

### *El errante, el maldito, el solitario*

En la obra de Chateaubriand se amoneda una figura romántica de larga perduración y estrepitoso influjo: la figura del trasterrado, del perseguido, del *maudit*, cuyas primeras aventuras fueron estas que ahora el lector tiene entre sus manos. Si en el siglo ilustrado el «buen salvaje» de Rousseau es una imagen de la armonía existente entre la Naturaleza y el hombre, el XIX que inaugura *Atala* (1801) da noticia ya de un trágico desencuentro; aquel en el que el ser humano descubre su radical orfandad, ayuno de los antiguos dioses, y el abismo que media entre su parva humanidad y el gran silencio del mundo. Esa es la fractura que, en distintas geografías y circunstancias diversas, se ejemplifica en las tres novelas que hoy prologamos.

¿Qué ha ocurrido, no obstante, para que tras el breve idilio roussoniano, el hombre del Romanticismo se acerque vertiginosamente al precipicio? No basta con decir que han atronado el siglo la Revolución francesa, el Terror jacobino y la ambición desmesurada del Gran Corso. Al cabo, todo esto es consecuencia inmediata de la Ilustración, de la *Aufklärung*, del británico *Enlightenment* y las *Lumières* dieciochescas. Sin embargo, algo ha quebrado en el corazón de los hombres. Tras las guerras de Europa, tras la derrota de la *Grande Armée* en España y Rusia, la Razón, la vértebra caudal de un nuevo orden, se ha demostrado insuficiente. En última instancia, se ha postulado un axioma paradójico: «El sueño de la Razón produce monstruos». Y de este inusitado principio, contrario a cuanto se pensó creíble una década antes, nacerá una colosal extrañeza. Así, cuando el René de Chateaubriand, francés trasterrado al Nuevo Mundo, y protagonista de dos de las tres historias aquí incluidas, cuando este René melancólico y errabundo se enfrente

a los inmensos bosques de la América del Norte, ya sabrá con certeza dos cosas que el gentilhombre ilustrado había ignorado tercamente: una, que la Naturaleza nunca fue un dilatado predio al servicio del hombre; y dos, que el mundo parece tener un alma propia, un ignorado espíritu del cosmos, cuyo idioma, cuya limpia sintaxis, el ser humano parece incapaz de comprender. Como resultado de este inesperado hallazgo, el René de Chateaubriand conocerá también el verdadero tamaño de su insignificancia, cuando se halle al otro extremo del globo, lejos ya de su Bretaña natal, ante la magnífica desolación y la inhumana indiferencia de aquel paisaje.

He aquí, en suma, la novedosa carga que arrastrará el hombre del romanticismo. Extinguida la virulenta llama de la Razón, que prometía, junto a un exhaustivo conocimiento del Universo, una felicidad basada en el raciocinio, lo que queda es la sospecha de que el mundo gira sin nuestro permiso. De este modo, los héroes novelescos enfrentados a la tempestad, al meteoro, a un horizonte sin fin, a las luces del ocaso, a lo «sublime terrorífico» de Immanuel Kant, no son sino el resumen plástico de esta ajenidad, cuya fractura pretenden restañar sumergiéndose de alguna forma en lo infinito. Digamos, pues, que el Romanticismo es un proceso por el cual el hombre quiere volver a una hermandad primera con el paisaje, toda vez que el paisaje se ha revelado hercúleo, misterioso, indescifrable. Esa es la razón, por otra parte, de que el héroe romántico sea, sobre trágico y épico, un héroe lírico. Trágico, por cuanto sospecha que esta falla abierta entre la humanidad y el cosmos es insalvable; épico, porque en algún lugar, quizá en lejanas tierras, donde el orden anodino de los hombres aún no haya llegado, tal vez se encuentre una escondida cifra, la comunión buscada con el Todo. Lírico, porque es un idioma al margen del idioma, la metáfora como un violento escalpelo, el que nos permitirá (¿nos lo permitirá, realmente?), indagar en la profunda entraña del secreto. De ahí la consideración del poeta como médium; de ahí también, aquel vagabundeo romántico por piedras olvidadas y parajes remotos donde una vez, quién sabe, se conoció la dicha.

Volviendo a Chateaubriand, y señaladamente a las novelas que ahora nos ocupan, no parece casual que *René* y *Atala* formaran parte, en un primer momento, del más ambicioso proyecto del escritor bretón: *El genio del cristianismo*. Nada hay de extraño en que un noble hallara

en el catolicismo el lenitivo para la postración de Francia, después del Terror de Robespierre y el numeroso exilio de sus compatriotas. Lo extraño, sin embargo, fue el modo en que Chateaubriand articuló su discurso. Más generoso que sus persecutores, o que aquellos nostálgicos del Antiguo Régimen, Chateaubriand supo desde primera hora que los derechos del hombre, nacidos con la Revolución francesa, eran no sólo un cambio irreversible, sino una conquista necesaria. A pesar de lo cual, y dada la desazón que atravesaba el siglo, la búsqueda de trascendencia propia del Romanticismo, el genio conservador de Chateaubriand quiso oponerle a esta universal inquietud el manto del catolicismo, y en consonancia con él, esa expresión del derecho divino, corregida por las conquistas de la Enciclopedia, que es la Monarquía.

Con indudable sentido práctico, Chateaubriand une a la igualdad entre hombres nacida de la Razón, aquello que la razón no puede suministrar al hombre: el halo de lo enigmático y de lo inmutable. Así, como antes había ocurrido en Edmund Burke, en esta obra vienen a unirse de modo natural (natural para un romántico, se entiende), la monarquía, el parlamentarismo y la fe de Cristo. No otra cosa son *Atala* y *René* que el conmovedor ejemplo, el amargo despliegue de este nudo crucial donde Naturaleza y hombre se reconocen, al fin, en el misterio de la fe católica. Y será la india Atala quien convierta al idólatra Chactas, de igual forma que René, abismado en sus sufrimientos, volverá a una Europa devastada para conocer la nobleza del sufrimiento, la fe de vida que Chateaubriand ha resumido en el poder de la cruz. Ahora bien, ¿qué hay de todo esto en *El último Abencerraje*? ¿Qué se encierra ahí, en este drama entre cristianos y musulmanes en la Granada del XVI?

Escrita en 1807, a la vuelta de su estancia en España, *El último Abencerraje* es también, en cierto modo, la narración de sus amores con la duquesa de Noailles. Sin embargo, no conviene olvidar que como noble, como *ci-devant*, François René de Chateaubriand, vizconde de lo mismo, sufrió la persecución y el destierro. Y es el destierro, la imposibilidad de un hogar para el errante, lo que une a los protagonistas de estas novelas. Si el hombre del Romanticismo sintió algo en carne viva, si hubo un sentimiento cuya urgencia se sobrepusiera al resto, es éste de la desposesión, de la súbita extrañeza ante lo familiar y conocido. Quiere decirse que el héroe romántico es, por necesidad, un alma vagabunda. Si a esto se le añade el sueño de la tierra natal, del

suelo de los ancestros, el círculo de la extrañeza se habrá completado. La singularidad de Chateaubriand consiste, pues, en haber sabido con dolorosa precocidad que el hombre, trasterrado o no, carece de un sitio al que volver. Nadie vuelve al hogar imaginado de la infancia; nadie siente como suya, como propia emanación, la tierra extraña. He aquí la doble orfandad de Aben-Hamet, el último de los Abencerrajes. En los desiertos que lo vieron nacer, soñará con la fértil Granada de sus antepasados; en la Granada del XVI, copada por aquellos que vencieron a los de su linaje, conocerá que la patria del melancólico, su única razón vital, es la memoria. Esta duplicación del infortunio, más la imposibilidad del amor entre religiones diversas, entre mundos dispares, es la que rige también el destino de René y de Chactas, el fiel amante de la hermosa Atala. Para aquellos que han conocido la violenta injuria de la soledad, para el maldito en fin, el viaje es siempre sinónimo de fugacidad y nostalgia. ¿Adónde ir, cuando hombres y cosas nos señalan como extraño? ¿Dónde quedarse, cuando la luz y el paisaje nos llaman con una intensidad desconocida, con la inminencia tentadora de un nuevo Paraíso? Sobre todos ellos, sobre Chactas y sobre Atala, sobre un René sumido por la angustia, sobre aquel Aben-Hamet, príncipe solitario en los jardines de la Alhambra, finalmente ha tomado su fuero la desdicha. Así lo exigía el sino trágico de aquella hora; así quizá lo exijan las generaciones futuras.

¿Qué hay, pues, de novedoso, de actual, de vivo, en las novelas que el lector se dispone ahora a enjuiciar? Al margen de una cierta retórica del XIX, permanece intacto el problema que en ellas se plantea y la grandeza plástica, la intensidad dramática, de su escritura. Ya lo hemos dicho más arriba, la insuficiencia de la Razón, la intromisión del espíritu científico en zonas cuyo ámbito no es accesible a su escrutinio, trajo a la vuelta un desmedido interés por lo instintivo, por lo mágico, por lo inconsciente, y en suma, por todas aquellas vías de conocimiento ajenas al saber ilustrado. Una de estas vías fue la religión; otra, una suerte de adanismo en la que el héroe, el poeta, quiere recuperar el viejo vínculo del hombre con el orden celeste. En ambos casos, no obstante, se trataba de un nuevo acercarse al concepto de lo sagrado, al carácter maternal y providente de la Naturaleza, conjurando de paso su formidable cólera. Esa es la condena de estos personajes románticos imaginados por Chateaubriand: la sospecha de que hay un Más Allá cuyo favor

hemos perdido. Y el temor de que esa vida, más alta y verdadera que la vida propia, nos haya arrojado a una orilla sin nombre. El fruto de este doble destierro, la razón persiguiendo lo irracional y oscuro, el hombre mendigando un gesto de los dioses, es la melancolía. La melancolía del errante, del expatriado, la atroz melancolía en la que arde y se consume el solitario. Esta misma melancolía de ahora, cuando las catedrales al atardecer, o en un alba inverniza, no saben ya decirnos su misterio.

MANUEL GREGORIO GONZÁLEZ  
abril de 2010

**IR A LA FICHA DEL LIBRO**

---

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y  
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito  
de los titulares del copyright.**